

El poder, el sexo y la risa

Aproximación al feminismo de Sor Juana

*Josefina María Cendejas**

¿Criar o crear?

Siempre que se entablan debates entre hombres y mujeres sobre la participación femenina en el mundo de la cultura, surge sin falta el argumento más sobado: casi no han existido grandes genios (se piensa en Sócrates, San Agustín, Miguel Ángel y un gran etcétera) de sexo femenino, dicen los hombres. A lo cual se suele responder que el acto creador de la mujer es, por excelencia, el de dar la vida, cuidarla y mantenerla. Por lo tanto, la creación de grandes obras artísticas o intelectuales no ha sido su interés central. Se piensa, así, que los hombres crean arte, ciencia y tecnologías para auto-compensarse de no poder dar a luz a otro ser humano, y que las mujeres no necesitan hacerlo puesto que tienen el poder de parir. En esta línea de pensamiento, que concibe a la fecundidad como un acto de creación, uno de nuestros autores consagrados, Ramón López Velarde, llegó a escribir:

Hecho de rectitud, de angustia, de intransigencia, de furor de gozar y de abnegación, el hijo que no he tenido es mi verdadera obra maestra.¹

Por muy consoladora que pueda ser esta visión, no deja de reflejar una actitud romántica y encubridora de algo que, si se tiene un mínimo de objetividad, salta a la vista: no se rinden homenajes

* Filósofa. Profesora-Investigadora de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.
¹ "Obra maestra", en *López Velarde para jóvenes, prosa*. Selección de textos, Felipe Garrido. Ed. Gob. del Edo. de Zacatecas.

durante siglos a las mujeres prolíficas, no se las toma como modelos de maestría, ni se convierten en paradigmas dignos de admiración para las generaciones ulteriores, ni se abren museos para mostrar sus "obras". Por más que en la mayoría de las culturas la maternidad sea enaltecida en el nivel del discurso, en los hechos no pasa de considerarse como una tarea natural, tan irrelevante socialmente como el trabajo más cotidiano, y nunca como algo excepcional.

También se soslaya el que no exista apenas un registro histórico fidedigno de las obras culturales de las mujeres, lo cual dificulta adicionalmente su valoración.

Así, por ejemplo, Virginia Woolf nos habla de una hipotética hermana de Shakespeare, que habría sido también escritora.² Casi nada se sabe de Aganice, natural de la antigua Tesalia, quien se dedicó al estudio de la astronomía y, con el sólo auxilio de su observación y su prodigiosa inteligencia, logró calcular el tiempo de los eclipses de luna.³

Una rápida revisión de la historia universal muestra, por el contrario, las represalias a que se hacían acreedoras las mujeres que se atrevían a incursionar en el ámbito del saber y de las artes. Dos mujeres griegas, Agnodice y Aspasia –la esposa del celeberrimo Pericles– tuvieron que enfrentar la condena de los tribunales por ser demasiado sabias. La primera, médica experta, tenía que vestirse de hombre para atender los partos de las atenienses ante la disposición estatal que prohibía a las mujeres el ejercicio de la medicina. La salvaron de la pena de muerte las matronas que se amotinaron en el Areópago armando un gran escándalo por lo que consideraban una injusticia. La segunda salvó su pellejo gracias a la intervención de su marido, pero había sido condenada a la pena máxima por hereje y pervertidora de menores. Lo que en realidad hacía Aspasia era enseñar arte, letras y filosofía a las jóvenes de la polis, y las incitaba a no dejarse llevar por las supersticiones sino a usar su propia capacidad de razonamiento.⁴

Algunos siglos después, una turba de cristianos enfebrecidos arrastraba por las calles de Alejandría a Hipatya, una genia matemática que impartía su saber en la famosa biblioteca de esa ciudad. Los nuevos creyentes prácticamente la descoyuntaron, exhibieron

² V. Woolf, *Una habitación propia*, Ed. Promexa, México, 1979.

³ Vicente Díez Canseco, *Diccionario biográfico universal de mujeres célebres*, Tomo I. Imprenta de José Félix Palacios, Madrid, 1844.

⁴ *Ibidem*.

su cuerpo semidesnudo y finalmente le dieron muerte en el interior de un templo.⁵

La crudelísima cacería de brujas que se realizó en todo el orbe cristiano durante varios siglos incluyó a miles de mujeres que se dedicaban a la investigación y práctica de la herbolaria, y a otras cuyo modo de vida resultaba simplemente sospechoso. Dentro de la sospecha cabía cualquiera: mujeres solas, libertinas o no, y hasta algunas muy virtuosas y devotas, como Juana de Arco. La gran estratega militar que liberó a Francia fue quemada viva por bruja. El que luego se la haya santificado no cambia los hechos: nadie le creyó que hablaba con los ángeles y sus méritos cívicos no fueron suficientes para salvarla de la hoguera.

Sor Juana, una feminista en el siglo equivocado

El año pasado se celebró en México, con gran difusión, el 300 aniversario luctuoso de Sor Juana Inés de la Cruz, la mayor poeta surgida de la América hispana. Aunque nunca cupo duda alguna sobre su genialidad, es difícil no recordar que la monja fue sometida a constantes hostigamientos y prohibiciones por parte de la jerarquía eclesiástica, y que pasó los últimos años de su vida expiando el pecado de ser inteligente.

Calificar a Sor Juana de feminista puede sonar arbitrario si se asume que el feminismo es un movimiento social sembrado por las sufragistas inglesas a principios del siglo veinte, y sólo consolidado en la década de los setenta. Sin embargo, guardadas las debidas distancias, al abordar la vida de Sor Juana saltan a la vista sus esfuerzos constantes por superar las limitaciones que la sociedad novohispana imponía a las mujeres, y una lucidez intransigente en la defensa de su derecho a pensar.

Si bien, no es posible adjudicar a Sor Juana todos los planteamientos y reivindicaciones del feminismo actual, cabe reconocer en sus actitudes y en su quehacer intelectual las pautas de un proyecto emancipador, que no sólo se adelantó a la Ilustración sino que la trascendió con creces. La propuesta ilustrada sobre los derechos individuales no cobraría forma cabal sino hasta el siglo

⁵ George Sarton, *Ciencia antigua y civilización moderna*, Breviarios del FCE, México, 1980.

XVIII, y los ideales de libertad, igualdad y fraternidad no abarcaban a las mujeres, quienes seguirían por mucho tiempo excluidas de su programa cultural y político.

Sor Juana se nos presenta, así, como una rara avis, montada dificultosamente entre épocas distintas, que no eran ni siquiera contiguas. Una mujer que, al trascender los límites trazados por una cultura fundamentalmente masculina, se coloca en una posición insólita y peligrosa, de la que sale, por cierto, bien librada.

Abordaré tres aspectos en los cuales me parece que Sor Juana constituye un paradigma para el discurso y el quehacer feministas, con las reservas que implica toda extrapolación. Apelo, sin embargo, a la posibilidad fecunda de releer la vida y obra de los clásicos a la luz de los problemas contemporáneos y con nuevos recursos. Estos aspectos son: la contradicción entre naturaleza (sexo) y cultura, la relación con el poder establecido, y por último, uno que aún en los tiempos actuales el feminismo no ha podido asimilar ni ejercer cabalmente: el de las posibilidades subversivas de la parodia, la ironía y el juego.

Los tres aspectos se entretajan muy estrechamente, no pueden abordarse de manera estrictamente separada. Sin embargo, los dos primeros son los que van más ligados, pues en ellos se articula el proyecto de vida de Sor Juana como proyecto estratégico, es decir, con dirección, objetivos e implicaciones que van de lo personal a lo político en una línea de continuidad.

La relación de Sor Juana con el poder es muy compleja y llena de ambigüedades. Una relación marcada, en principio, por sus propias desventajas individuales: nacida mujer, en condiciones ilegales y sin dinero. Cada uno de estos estigmas sería superado por ella haciendo uso de recursos que bien podrían calificarse de barrocos, por su complicada y minuciosa elaboración.

Juana Inés tiene, para contrarrestar su inferioridad social, dos tesoros importantes: belleza e inteligencia. En cualquier época histórica, la belleza femenina ha tenido un alto valor de intercambio social, que eventualmente ha permitido a las mujeres obtener ciertas ventajas. Sor Juana aprovecha este recurso, pero dándole un giro por demás interesante. Su hermosura juvenil es un pasaporte que le permite acceder a las altas esferas de la socialidad novohispana con soltura y seguridad. Y, al mismo tiempo, sabe ingeniárselas para que las implicaciones concretamente sexuales

de sus atributos no la esclavicen al deseo de un hombre. Renuncia entonces al ejercicio de la sexualidad. Primero, poniendo en primer plano sus cualidades intelectuales, y luego haciéndose monja.

Mientras la mayoría de las jóvenes novohispanas ejercen sus talentos para acceder a un matrimonio conveniente, ella realiza un rito de pasaje insólito para cualquier mujer de su época. A los diecisiete años enfrenta a los mayores sabios de la Nueva España en un examen extracurricular donde demuestra una erudición enciclopédica y una gran madurez de discernimiento. La victoria, no obstante, la pone en una posición inadmisibile, según lo reconoce el que sería durante muchos años su guía espiritual, Don Antonio Núñez de Miranda. Sabemos por el biógrafo de su confesor que:

Habiendo conocido la discreción y la gracia en el hablar de Juana Inés, lo elevado de su entendimiento, y lo singular de su erudición junto con su no pequeña hermosura, atractivos todos a la curiosidad de muchos, que desearían conocerla, y tendrían por felicidad el cortejarla, solía decir (el padre Núñez de Miranda) que no podría Dios enviar azote mayor a questo reino, que si permitiese que Juana Inés se quedara en la publicidad del siglo.⁶

En pocas palabras, la belleza de Juana, unida a su inteligencia excepcional, la convertían en un problema social, en un verdadero azote para el reino. Había que alejar a semejante criatura de la vida secular, porque no había allí lugar posible para ella. Si las mujeres no tenían acceso a los espacios de la vida intelectual, y la inclinación de Juana Inés por el conocimiento era tan fuerte que le hubiera hecho insoportable la vida conyugal, sólo quedaba el camino del convento.

Núñez de Miranda se apresta a encaminarla hacia allá, pero no es él quien toma la decisión. La propia Juana estaba consciente de que esa era su única alternativa, y en su momento se lo recuerda a Núñez en su célebre pleito epistolar. En un contexto socio-cultural como el de la Colonia, las monjas gozaban de un estatus altísimo, y ella sólo podía elegir lo mejor. Su primera elección adulta es, entonces, rehusarse a pertenecer a ningún hombre, negarse a desempeñar el rol de esposa y madre. Renunciar en cierta forma a su

⁶ Herón Pérez Martínez, *Estudios sorjuanianos*, Instituto Michoacano de Cultura, Morelia, 1988.

sexo se torna en ella una decisión clave para trascender el imperio de la naturaleza (traducida en servidumbre social) y constituir su propio cerco donde estudiar y escribir.

Su capacidad de sobrevivencia la lleva a replantearse de manera radical el problema de su sexo. Si el proyecto de vida de esta mujer es claramente estratégico, también encuentra la manera de escapar a las determinaciones que la naturaleza le impone por tener un cuerpo de mujer. A la manera de un transexual que se siente extranjero en su cuerpo, la poeta se percata de la condena que significa haber nacido genio en un cuerpo de mujer. La incompatibilidad era demasiado violenta para aceptarla, dada la sesgada distribución de los bienes de la cultura. Sor Juana se niega entonces a aceptar su corporeidad, y se refugia hasta donde le es posible en una especie de androginia voluntaria. Parece decir: no cohabito, no conozco varón, no pariré hijos. A nadie le sirvo como mujer, por lo tanto, no soy mujer.

Pero no hay que perder de vista que esto significaba también una posibilidad interesante de jugar con los roles sexuales, de transvestirse y obtener con ello ventajas distintas. Desde niña, Juana sueña con vestirse de hombre para ir a la universidad y, aunque nunca lo hace, en cierta forma siempre estará jugando con la polaridad masculino-femenino. Como lo señala Jean Franco:

En cierto modo, no seguía el camino preciso, sino que aprovechaba las oportunidades que le daba el patrocinio de la corte y de la iglesia. En sus intervenciones, a veces destacaba el hecho de que era mujer, otras se mostraba impersonal o adoptaba una máscara masculina.⁷

Esta autora coincide con Margo Glantz en que a Sor Juana ser mujer le benefició más que perjudicarla. Paradójicamente, el asombro y estupor que provocaba su inteligencia, le abrieron el camino a la fama y a las consideraciones especiales de los poderosos. Esto, sin embargo, no puede desligarse de su especial talento para traspasar a su favor situaciones que para cualquier otra hubieran sido de suyo desafortunadas.

⁷ Jean Franco, *Las conspiradoras. La representación de la mujer en México*. FCE, México, 1993.

Pero, aunque negar su femineidad le libera del yugo de un marido, hacerse monja implicaba otro tipo de sometimientos: enfrentarse a un orden jerárquico mucho más amplio que el del matrimonio. El orden eclesiástico, emparentado íntimamente con el político, ejercido también por los varones y, además, encabezado por un principio de autoridad divina.

En la Nueva España del siglo XVII ese orden estaba permeado por la hegemonía de los jesuitas. La Compañía de Jesús era una especie de empresa cultural multinacional, que se apoyaba en un poderío económico y político nada despreciable. La expulsión de los jesuitas a mediados del siglo XVIII, y la temporal disolución de la orden poco tiempo después, son un indicador de que la Compañía había llegado a ser un poder paralelo que ponía en peligro la estabilidad de la corona española. Los jesuitas eran, pues, una autoridad teológica en intelectual indiscutible en la época de Sor Juana. Como lo señala José Emilio Pacheco en un ensayo sobre Clavijero:

los jesuitas eran los maestros de la sociedad criolla; sus misiones y colegios formaban los centros intelectuales y educativos de la más alta jerarquía en la Nueva España... Con los jesuitas centroeuropeos llegaron a la Nueva España las ideas y los libros de la Ilustración. Al enseñar la ciencia y la filosofía modernas los jesuitas cambiaron la visión del mundo que tenía la élite criolla.⁸

Señalo la enorme ascendencia de los jesuitas para destacar las dimensiones del poder establecido al que Sor Juana se enfrentó de manera concreta y sistemática. Su director espiritual, el padre Núñez de Miranda, era nada menos que una de las vacas sagradas de la intelectualidad jesuítica de la época. Su inteligencia y erudición eran ampliamente reconocidas, en un momento en el que el clero ejercía una influencia decisiva sobre los asuntos de gobierno. Núñez de Miranda era confesor de virreyes, al tiempo que dirigía con mano dura la vida espiritual de varios conventos de monjas y dictaba cátedra en las instituciones de estudios superiores.⁹

Este hombre destacadísimo es, sin embargo, el mismo que se horroriza ante el destino que pueden correr los dones de Juana

⁸ H. Aguilar Camín, et. al., *En torno a la cultura nacional*. INI-CNCA, México, 1989.

⁹ Herón Pérez, *op. cit.*

Inés en el mundo, y el que, una vez siendo ella monja y admirada poeta, se dedica a difamarla. Es casi seguro que, de haber nacido varón, Sor Juana habría sido jesuita y no hubiera tenido que defenderse y justificarse con tanto empeño como lo hizo ante el padre Núñez y ante el obispo de Puebla. Pero como no era varón, tuvo que hacerlo.¹⁰

La carta que Sor Juana escribe a su confesor para romper con él, es sin duda un documento que reivindica el derecho de las mujeres a la inteligencia y a la sabiduría, mucho antes de que en el mundo las mujeres empezaran a luchar colectivamente por ello. La agresividad y la contundencia del discurso de Sor Juana en ese texto no deja lugar para considerarlo como una mera reacción circunstancial. Por el contrario, dan cuenta de la existencia de un proyecto de vida largamente edificado, no sólo con actitudes y ejercicios cotidianos de creación, sino basado en una exploración histórica minuciosa de las aportaciones intelectuales de las mujeres desde la antigüedad.

Tanto en esa carta, como en la *Respuesta a Sor Filotea de la Cruz*, Sor Juana se legitima ante el poder eclesiástico como heredera de un linaje subterráneo de mujeres, que pudieron demostrar que la femineidad no está peleada con la inteligencia y, más aún, que la ignorancia no representa ninguna virtud. Para ello, Sor Juana emprende una tarea historiográfica que es pionera en su tipo: rescatar del olvido a las mujeres sabias, como Asàsia de Mileto, Hipatya, Ester y Judit, Santa Catarina y Santa Paula. Aunque puede adivinarse la intención inmediata de utilizar esos ejemplos como autodefensa ante un medio que le era concretamente hostil, es decir, que sus indagaciones tenían un objetivo circunstancial y práctico, el gesto de Sor Juana no deja de ser epistemológicamente interesante. En la actualidad, su investigación bien podría enclavarse en los llamados estudios de género.

El intento de recuperación de un saber buscado y ejercido por mujeres desde tiempos remotos representa, claramente, la búsqueda de una tradición cultural propia, a contracorriente de una tradición masculina, poderosamente excluyente. Como es bien

¹⁰ Según el propio Herón Pérez, tanto la carta al Padre Núñez como la *Respuesta a Sor Filotea de la Cruz*, constituyen unos de los primeros manifiestos de defensa de los derechos humanos de las mujeres.

sabido, hace apenas unos cuantos años que mujeres investigadoras se ocupan específicamente de la reconstrucción de esta historia cultural de las mujeres, de sistematizar y evaluar su participación en los ámbitos de la filosofía, la ciencia y las artes.

La incursión de Sor Juana en este terreno puede interpretarse, entonces, como otra de las estrategias de su proyecto personal que repercuten mucho más allá en el tiempo y el espacio. Sor Juana fue hija ilegítima en una sociedad intolerante. Pero su ilegitimidad se potencia geoméricamente cuando se muestra sabia y talentosa. Oficialmente no tiene padre, y oficialmente tampoco hay una tradición intelectual que la acoja y la "reconozca". Así como tiene que buscar hábilmente padrinos y protectores que la respalden en sociedad, debe reconstruir su propio linaje en el campo intelectual, negar su orfandad y atenuar su rareza. Su recurso para ello es el desocultamiento de la historia de la inteligencia femenina, la puesta en relieve de modelos anteriores a ella, para demostrar que las mujeres son también seres racionales. Es este trabajo reconstructor-inventor de una tradición intelectual propiamente femenina lo que coloca a Sor Juana más allá de los límites de su interés individual, en el ámbito del género cuyo derecho al mundo de la cultura defiende a través de su propia causa.

La convivencia de Sor Juana con el poder tiene, pues, un carácter estratégico en el sentido más preciso del término. Sus esfuerzos por sobrevivir en la sociedad novohispana incluyen no sólo la polémica en el campo ideológico, sino también una labor actitudinal que le permite al mismo tiempo brillar y lograr sus objetivos. Mientras vive en la corte virreinal, es una dama que derrocha talentos muy ponderados en su medio: ingenio, discreción, fineza y hermosura. Sus habilidades cortesanas son desarrolladas al máximo, con una inteligencia práctica sólo comparable con su capacidad racional. Mostrando una astucia sorprendente, Juana Inés ejerce la *phronesis*, la prudencia que en un contexto plagado de restricciones le permitirá desarrollar su proyecto intelectual.

Es justamente su talento social lo que la salva de la marginalidad, del fracaso o la locura. Si Sor Juana escapa al destino trágico de las mujeres excepcionales, es porque aprende desde muy joven a caminar sobre terrenos minados, no sólo con seguridad sino con gracia. Entre lo posible, ella elige lo mejor; además, está determinada a imponer su voluntad y a obtener reconocimiento. Y así lo hace,

resistiendo todos los vientos en contra, gozando de la amistad de los poderosos, saboreando sus éxitos y ganando dinero. Era demasiado para una mujer. No es necesario repetir aquí las presiones a las que se vio sujeta al llegar a la madurez de su vida, y cómo la sociedad le cobró con creces todo lo que le había permitido obtener.

Cuando la doble pinza de la envidia y la intolerancia se estrecha demasiado sobre ella, decide renunciar. Es frecuente interpretar esta decisión de Sor Juana como una claudicación ineludible, en la que ella aparece como una especie de víctima de la Inquisición. Mi consideración es un poco distinta: sin negar que Sor Juana sufrió en carne propia las limitaciones impuestas a las mujeres por toda cultura patriarcal, me parece que dado el carácter y la determinación de la monja, resulta un tanto simplista concebirla como víctima. Aún en su fase final, ella elige. Elige reconciliarse con su confesor y le pide, como lúcidamente comenta Herón Pérez, que le diseñe un "programa para morir". El programa es bien conocido: abandonar los libros, no volver a escribir, dedicarse en cuerpo y alma a los deberes religiosos, hacer una declaración de autohumillación pública y pedir perdón.

Sor Juana lo cumple al pie de la letra. Dadas las circunstancias, era lo mejor que podía hacer, ella que siempre declaró que no quería líos con el Santo Oficio. Mejor renunciar que inmolarse en un pleito perdido de antemano; morir dignamente, dedicar sus últimos años a buscar la santidad. Después de todo, tenía que ser congruente con la elección de vida religiosa que había hecho en su juventud, y gracias a la cual pudo escribir. La batalla que tuvo que librar frente a la arrogancia sacerdotal fue netamente intelectual, fue una batalla por el raciocinio y el derecho a la interpretación. Ante la prohibición de que las mujeres opinaran, discutieran y escribieran sobre asuntos de teología y religión, Sor Juana había mostrado orgullosamente sus armas.

Como lo afirma Jean Franco;

Sor Juana había creado un espacio de motivación intelectual des-controlada, en el cual la voluntad del hombre es elemento activo...y creía que la libertad es la verdadera indicación de lo divino dentro de lo humano.¹¹

¹¹ Jean Franco, op. cit.

Es decir, que si Dios la había dotado, como a todos los humanos, de libre albedrío, y además la había colmado de dones, nadie, ni siquiera el más encumbrado de los sacerdotes podría impedirle ejercer sus más preciados atributos: la inteligencia y la libertad.

En esta lid, como en las otras, el camino que sigue Sor Juana no es lineal sino lleno de recovecos, y no por ello menos eficaz. Así, por ejemplo, frecuentemente seguía la táctica de declararse inferior para destacar su superioridad. Siempre que en sus escritos afirma que “fueron escritos por una mujer ignorante”, o que “salieron del corto ingenio de una simple mujer”, lo hace como preludeo a un alarde de erudición o de creatividad desbordada. Su modestia, pues, es sólo un juego, que le reportaría, sin duda, más beneficios que sinsabores. Es la contraparte irónica que con voz pícaro se jacta de que “a pesar de ser mujer...” Y así entramos al último aspecto que deseo destacar en Sor Juana: su afición lúdica, su sentido del humor.

Este costado juguetón de la poeta ha sido muy poco atendido por sus estudiosos, que por lo general la tratan con demasiada seriedad. El ensayo de Jean franco es una gozosa excepción. Allí se señala, por ejemplo, cómo en la “Carta atenagórica” —el texto teológico a que le vale la reprensión del obispo de Puebla— Sor Juana se divierte con la gran ironía de que el famoso padre Vieyra hubiese escrito un sermón tremendamente soberbio precisamente un jueves santo, cuando Cristo da muestras de la máxima humildad lavando los pies de sus discípulos. Ya entrada en el juego de ironizar los excesos del jesuita, y para curarse en salud, Sor Juana alega que sus desacuerdos con él no son nada si se comparan con la osadía de Vieyra de refutar a los padres de la Iglesia, como pretende hacerlo en su sermón.¹²

El tono general de la “Carta atenagórica” es de una agudeza auténticamente barroca: mientras que todo el tiempo está reiterando su admiración y respeto por el autor de la pieza retórica que critica, y enfatizando además que todo lo que ella pueda decir al respecto ha de ser tomado como el atrevimiento de una pobre mujer ignorante, lo que hace en realidad es reafirmar su autoridad como teóloga, y su superioridad intelectual sobre muchos varones sabios de su época, incluidos los jesuitas (el padre Vieyra lo era).

¹² Ibidem.

Otro desplante de humor lo encontramos en la "Carta al Padre Núñez", la carta de la ruptura. Ante las críticas y difamaciones de su confesor, Sor Juana decide responderle de manera tajante. Se la nota profundamente disgustada, pero no desaprovecha la oportunidad de ironizar a costillas de la persona del sacerdote. Sor Juana rechaza que la ignorancia sea el único camino a la salvación, y menos aún, que sea el idóneo para las mujeres. Dice allí que "San Antonio se salva por su ignorancia bendita, pero San Agustín sigue otro camino, y ninguno de los dos se equivoca." La burla salta a la vista si se considera que el nombre de pila de su confesor era Antonio. En el juego de las oposiciones, el padre Núñez es puesto como el ignorante, al tiempo que ella se identifica con San Agustín, el sabio.¹³

Gran parte de la obra de Sor Juana abunda en ese tipo de juegos de lenguaje, donde con un filo y un ingenio dignos de Quevedo, se mofa de sus contemporáneos, se las arregla para exaltarse a sí misma pareciendo modesta, y se divierte en grande ocultando sus chistes y bromas con el elegante ropaje del barroco. Otra prueba de su humor, especialmente interesante por su relación con la defensa de su escritura lírica, aparece en un Romance escrito a su amiga la Condesa de Paredes:

Si es malo, yo no lo sé;
sé que nací tan poeta,
que azotada, como Ovidio,
suenan en metro mis quejas.

En otros textos, explicando su vocación por las letras, afirma que es una inclinación tan violenta que aún le cuesta trabajo escribir cartas y que no le salgan rimadas. Y en la carta de la ruptura enfatiza, para burlarse un poco de Núñez, que a qué viene tanto escándalo por lo que escribe, si a ella "le rechoca hacer versos".

Sor Juana jugaba también con la forma y no sólo con el contenido. Aprovechaba toda clase de estructuras rítmicas populares para desplegar su ingenio y divertirse, además de decir velada o abiertamente lo que le importaba. Charadas, cancioncillas, refranes, romanceros y villancicos se convertían en sus manos en jue-

¹³ *Ibidem* y Herón Pérez, *op. cit.*

tes preciosos. Como ejemplo, cito uno de los villancicos a Santa Catarina, donde aprovecha para lanzar algunas pullas a sus detractores:

Esta (qué sé yo,
 cómo pudo ser)
 dizque supo mucho,
 aunque era mujer.
 Porque como dizque
 dice no sé quién
 ellas sólo saben
 hilar y coser.
 Pues ésta, a hombres grandes
 pudo convencer;
 que a un chico, cualquiera
 lo puede envolver.

Otro ejemplo divertidísimo es un soneto burlesco, donde Sor Juana relata sin moralismo alguno las tácticas de una chica para engañar a su amante, haciéndole creer que es el padre de su futuro hijo. Al mismo tiempo, la poeta se regocija en el uso de vocablos populares para lograr la rima:

Aunque eres, Teresilla, tan muchacha,
 le das quehacer al pobre de Camacho,
 porque dará tu disimulo un cacho
 a aquél que se pintare más sin tacha.
 De los empleos que tu amor despacha
 anda el triste cargado como un macho,
 y tiene tan crecido ya el penacho
 que ya no puede entrar si no se agacha.
 Estás a hacerle burlas ya tan ducha,
 y a salir de ellas tan bien hecha,
 que de lo que tu vientre desembucha
 sabes darle a entender, cuando sospecha
 que has hecho, para hacer su hacienda mucha,
 de ajena siembra, suya la cosecha.¹⁴

Esta última faceta de Sor Juana, el sentido del humor y su fina ironía, es tan sorprendente y rica como su intelecto. La destaco como un rasgo feminista en la medida en que la risa ha sido siempre, de suyo, subversión de lo establecido y liberación de tensiones, latentes y manifiestas. Además, el humor, como el cono-

¹⁴ Sor Juana Inés de la Cruz, *Obras completas*, Ed. Porrúa, México, 1987.

cimiento, ha sido también un recurso negado a las mujeres. Si el feminismo contemporáneo adoptara como una de sus armas privilegiadas el juego, la risa, la ironía y el ingenio como lo hacía Sor Juana, sin renunciar a lo que tiene que decir, sería mucho más fresco, y quizás más efectivo. Recordemos las virulentas caricaturas con las que se ridiculizó a los reyes de Francia en plena revolución, y los efectos desacralizadores que ello tuvo. Hay muchos ejemplos históricos de la eficacia política del humor. Sin embargo, el feminismo apenas si ha explorado esa posibilidad de trastocamiento del sentido, y de liberación del “malestar cultural” que implica la discriminación sexista a través de recursos humorísticos y no sólo discursivos.

No he realizado hasta aquí sino una aproximación fragmentaria de los rasgos feministas de Sor Juana. Mientras avanzaba, me pareció que el tema es casi inagotable, y que apenas empieza el estudio y la reflexión “de género” sobre su vida y su obra. Sor Juana es

No he realizado hasta aquí sino una aproximación fragmentaria de los rasgos feministas de Sor Juana. Mientras avanzaba, me pareció que el tema es casi inagotable, y que apenas empieza el estudio y la reflexión “de género” sobre su vida y su obra. Sor Juana es una mina de oro para el feminismo latinoamericano, y recién la estamos comenzando a explorar con esa perspectiva.

Cultura y género

Ciertamente, los tiempos cambian. Hoy en día las mujeres estudian y enseñan en las universidades, hacen ciencia, producen arte, escriben. No obstante, estos son logros recientes. Hace escasos treinta años que el movimiento feminista empezó a luchar por abrir los espacios públicos —entre ellos, el de la cultura— a la participación de las mujeres. A partir de entonces, gran parte del trabajo intelectual militante se ha abocado a reescribir la historia de las propias mujeres y de sus producciones culturales. Esa historia que ha sido ignorada en los libros y que ahora se asume como indispensable, no sólo para reconstituir el horizonte identitario del género femenino, sino para recuperar una parte fundamental de la memoria humana.

Esta labor de recuperación-reconstitución cultural ha dado origen a una discusión espinosa y difícil de dirimir: la de si existe un arte y una estética específicamente femeninos, o si la creación es de suyo un gesto neutro, andrógino, sin determinaciones relativas al sexo de los creadores. La perspectiva de los estudios de género se inclina por la primera opción, al considerar que la condición vital de los seres humanos se refleja necesariamente en su obra. Al vivir hombres y mujeres condiciones básicamente distintas, su forma de ver y de representar el mundo, de recrear la realidad, es también diferente. Esta es la postura sostenida por el llamado "feminismo de la diferencia". Sin embargo, hay estudiosas del tema para quienes el solo planteamiento de la distinción genérica en el campo del arte les parece irritante y ociosa.¹⁵

La cuestión no está zanjada, sino en pleno debate. Lo que no puede negarse es que, aunque siempre ha habido muestras de que las mujeres pueden ser tan creativas e inteligentes como los hombres, las reglas del mundo de la cultura se han establecido desde el dominio masculino, y que las mujeres han incursionado en él dificultosamente, pagando por ello un costo muy alto: soledad, incompreensión, intolerancia y hasta la propia muerte.

En nuestros días, sin menospreciar el valor de la maternidad como experiencia enriquecedora, las mujeres saben que no es equivalente ni sustitutiva de la necesidad de crear y de crecer a través de la expresión artística y del quehacer intelectual.

Saben que participar en ello es vital, puesto que saben, como Hegel, que el mundo humano es fundamentalmente un mundo de cultura.

¹⁵ Respecto a esta polémica, ver: Gisela Ecker, et. al., *Estética feminista*, Icaria Editorial, Barcelona, 1986, y Eli Bartra, *Frida Khalo, mujer, ideología, arte*. Icaria, Barcelona, 1987.